

TROIKA

Isabel Zapata

*Para las perras de mi vida,  
de este lado del río  
y del otro.*

*[...] hacían al difunto llevar consigo un perrito de pelo bermejo, y al pescuezo le ponían hilo flojo de algodón; decían que los difuntos nadaban encima del perrillo cuando pasaban un río del infierno que se nombra Chiconahuapan [...] Dicen que el difunto que llega a la ribera del río arriba dicho, luego mira el perro, y si conoce a su amo luego se echa nadando al río, hacia la otra parte donde está su amo, y le pasa a cuestras. Y más dicen que después de haber amortajado al difunto con los dichos aparejos de papeles y otras cosas, luego mataban al perro del difunto, y entrambos los llevaban a un lugar donde había de ser quemado con el perro juntamente.*

Bernardino de Sahagún,

*Historia general de las cosas de la Nueva España*

PRIMERA PARTE

ESTE LADO A LOS OJOS

Miramos el mundo una sola vez, en la infancia.

El resto es memoria.

LOUISE GLÜCK

Llevo colgados de mi corazón

los ojos de una perra.

ANTONIO GAMONEDA

## 1.

Transcurría el año de 1995 en el Distrito Federal, pero ahora sé que da igual: esta historia pudo haber sucedido en cualquier año y en cualquier país, pues en todos lados hay perros, madres y fantasmas.

Era primero de noviembre de 1995 y Francisca terminaba de empanizar las milanesas de pollo. La recuerdo cansada esa mañana –para entonces las ojeras de tantas noches sin dormir empezaban a hacerse evidentes–, aunque igual se las arregló para acabar puntual su trabajo: batió huevos con salchicha y preparó licuados de plátano, tendió su cama y las nuestras, barrió y trapeó pisos, sacudió cuatro mesitas de noche, metió ropa a la lavadora y subió los treinta escalones que conducían al tendedero de la azotea con los brazos cargados de sábanas centrifugadas.

Aunque era muy rápida en lo demás, Francisca se tomaba su tiempo cuando tendía la ropa al sol. En un día despejado, desde aquel espacio abierto que deslumbraba los ojos de tan blanco alcanzaban a verse las copas de los árboles de la colonia, y a lo lejos, el contorno del Iztaccíhuatl y el Popocatepetl. Nunca me lo dijo, pero incluso a mis ocho años me daba cuenta de que ella disfrutaba la vista, que le hacían bien esos minutos de

estar lejos de la casa sin salir de ella, el olor a cloro de las sábanas recién lavadas.

Lo tenía todo calculado: a la una seguramente habrá sonado la alarma de su reloj y ella se apresuraría a bajar la escalera, rumbo a la cocina, para sacar las papas de la cacerola de agua hirviendo y pelarlas con habilidad atropellada, la nube de vapor golpeándole la cara. Una vez machacado el puré, sólo quedaría empanizar y freír las milanesas, quitarles el exceso de aceite con un montón de servitoallas y escoger la fruta más madura para el agua fresca.

Francisca habrá escuchado el motor del camión escolar hacia las dos y media, luego el claxon que avisaba que habíamos llegado, seguido por nuestras voces. Como casi todos los días, mi hermano Eduardo y yo entramos aventando mochilas y preguntando qué había de comer.

Minutos después llegó mi madre, Josefina, y nos encontró viendo a Paco Stanley declamar un poema en la pantalla –*Mamá, soy Paquito; no haré travesuras*– mientras formábamos lagunas de salsa Maggi alrededor de nuestras montañas de puré. Antes de apagar la pequeña televisión que estaba bajo constante amenaza de ser tirada a la basura, mi madre ahogó su cigarro en uno de los trastes sucios de la tarja y preguntó cómo nos había ido en la escuela. ¿Qué tal la clase de deportes? ¿Cuánto tiempo llevaba mi hermano con el pantalón del uniforme roto? ¿Habíamos traído a casa los libros necesarios para la tarea?

Sin dejar de revolver la segunda jarra de agua de sandía con un cucharón de madera, Francisca nos cuestionó también con la mirada, sumándose al interrogatorio. Eduardo y yo respondimos cualquier cosa, ansiosos por pasar a lo esencial: era Día de Muertos y esa tarde tocaba comer una cantidad insensata de pan de muerto, batir chocolate caliente hasta que la espuma se desbordara del tazón y prender las veladoras del altar, que llevaba varios días montado en la sala. Para entonces la casa entera olía a manzana verde por el cempasúchil, y había pétalos anaranjados debajo del tapete del baño de visitas.

Sin importar que llegara un poco tarde y tuviera que atragantarse las milanesas con puré en tiempo récord, mi madre comía diario con nosotros, incluso cuando había cierre de edición en el periódico y esas dos horas lejos de su escritorio significaran dejar trabajo para después, volver a casa ya entrada la madrugada y extender la jornada laboral de Francisca, que esos días se encargaba de acostarnos a mi hermano y a mí.

Nosotros le agradecíamos a mamá su fugaz presencia en el comedor siendo niños: al llegar, nos encontraba viendo la tele con el volumen a tope, exagerando con la salsa Maggi y dejando caer pedazos de tortilla bajo la mesa para consentir a la perra. Al terminar de comer, nuestros platos sucios terminaban en la tarja, donde Francisca ya empezaba a enjabonar ollas y sartenes. “Muchas gracias, estuvo muy rico”, decíamos disimulando la prisa y sin dejar de verla fijamente a los ojos, como nos habían enseñado.

Esa cortesía ensayada dibujaba el contorno de nuestra deuda, aunque entonces no lo entendiéramos en esos términos ni alcanzáramos a dimensionar el tamaño de lo que debíamos.

Entre aquellas dos mujeres se las arreglaban para llenar el hueco que había dejado el señor de bigote que en ese entonces todavía era mi padre. El corte fue limpio; la cicatriz, discreta. Mi madre había decidido separarse poco antes de darse cuenta del atraso en su periodo, y para cuando el ultrasonido confirmó la sospecha de embarazo, el divorcio ya estaba acordado y ni siquiera la noticia de que tendría una hija alteró los planes, por más ilusión que mi padre tuviera de escuchar una vocecita de niña llamándole *papá*. Mis padres pertenecían a la generación supuestamente liberada que había transformado el país con el movimiento estudiantil de 1968, y ninguno de los dos tenía ganas de jugar a la familia rota que se mantiene unida contra viento y marea. Los entiendo ahora, después de tantos años. Pero eso es parte de una historia distinta a la que quiero contar aquí.

Tras la separación, se vieron pocas veces: en el hospital cuando nací, en la escuela cuando Eduardo atacó a mordidas a Elenita Rojas (la primera vez), en el festival de kinder en el que me disfrazaron de hada madrina para cantar *bibidi babidi bú* emperifollada en un batón azul celeste que Francisca se pasó semanas confeccionando para la ocasión, haciendo caso omiso a la insistencia de mi madre en comprar un disfraz listo para usarse.

Eduardo tenía una imagen tan vaga de mis padres juntos que consideraba imposible que compartieran espacio físico: las dos caras de un mismo monstruo jamás se hacen presentes en el mismo lugar y momento. Yo, ni siquiera eso. Mi padre era un desconocido al que debía hacerle dibujos el tercer domingo de junio de cada año, una presencia vacacional incómoda y esporádica, una silueta en las escasas fotos del baúl que se salvaron de las tijeras con las que mi madre solía recortar las imágenes del pasado para reescribirlo. Nada más.

2.

–¿Qué hay de postre, Francis? –yo era la única que le decía así.

–Plátanos con crema. ¿Sí te gustaron las milanesas, mi niña?

–Muy deliciosas –le mostré mi sonrisa chimuela–. ¿Los plátanos se pueden con crema y azúcar y canela?

–¿Y tantitita cajeta? –agregó Eduardo.

–¡Pan de muerto con cajeta y plátanos y crema y azúcar y canela! – grité, y hasta recuerdo haberme puesto de pie para un baile exagerado de brazos y piernas al aire. Francisca buscó la mirada de mi madre para asegurarse de que el postre contaba con su aprobación antes de sacar la botella de cajeta de la alacena y ponerla sobre la mesa, junto a la charola de pan de muerto al que mi hermano ya le había arrancado los huesitos azucarados.

Para entonces Francisca llevaba poco más de cinco años trabajando en nuestra casa. Llegó cuando yo tenía tres y Eduardo ocho, en una época en la que nuestros intereses estaban dichosamente alineados: él era un aficionado a cualquier cosa con ruedas y para mí todo lo que hiciera mi hermano rayaba en la más absoluta genialidad. Pasábamos las tardes

tapizando el suelo de la sala de vías del tren o montando pistas para sus carritos, que cambiaban de color con el agua fría, o jugando a declarar la guerra entre barbies y G.I. Joes.

En ocasiones especiales nos atrevíamos a emprender proyectos arquitectónicos más ambiciosos. El día que Francisca entró por primera vez a la casa, por ejemplo, nos encontró construyendo una fortaleza con los cojines rígidos del sillón. Mientras mi madre estaba ocupada hablando con ella, habíamos recolectado todas y cada una de las cobijas de la casa, las almohadas de las tres camas, escobas, trapeadores y hasta un recogedor metálico para levantar un toldo y colocar debajo dos petates que le daban a nuestra construcción el peculiar aspecto de un castillo medieval a la orilla del mar.

Lo que mi madre le dijo a Francisca esa mañana en su estudio no puedo más que imaginarlo. Ambas eran mujeres ariscas, talladas en piedra, y por más que intente no las veo hurgando en asuntos personales ni conmoviéndose entre sí, admiradas por algún rasgo inesperado en la otra: la manera de sentarse o de tomar el cigarro, una inflexión poco común en la voz. Seguramente se habló de horarios y días de descanso, del sueldo que podía ofrecerse y del trabajo que se esperaba a cambio. Tras establecer los cortos periodos de vacaciones, (Francisca debió aceptar levantando un poco la ceja, como hacía al aceptar algo con lo que no estaba del todo de acuerdo), mi madre le habrá dado instrucciones para prender la estufa, que tenía maña y necesitaba la llama de un encendedor o cerillo. Le habrá

mostrado la escalera para subir a su cuarto –lo llamábamos el cuarto de servicio–, deteniéndose en el escalón que estaba un poco suelto y había que pisar con precaución. Al final, le habrá dicho qué delantales tendría que usar y dónde encontrar las sábanas para tender la cama que llevaba meses desocupada –hasta entonces las mujeres que habían trabajado en mi casa rara vez pasaban la noche ahí– y que sería suya a partir de ese día.

Quién sabe si a Francisca le gustó la idea de integrarse a nuestra vida de esa manera súbita y total. Mi madre debió hablar rapidísimo, convencida de la generosidad de sus ofrecimientos, y Francisca habrá respondido que sí a todo, sin tener la energía para negociar tras un viaje tan largo y teniendo en cuenta las circunstancias que la habían llevado a la ciudad.

Cuando terminaron de afinar detalles y bajaron juntas a la sala, nos habrán encontrado comiendo dulces en nuestros tronos improvisados. “Ella es Francisca”, anunció mi madre, “vengan a saludarla”. Eduardo dijo “hola” sin levantar la vista, concentrado en alcanzar hasta la última gota de su duvalín bicolor con una palita de plástico. Yo la miré de reojo y alcancé a devolverle la sonrisa tímidamente antes de echarme una cobija encima, desapareciendo de la vista de todos. Esfumándome.